Del temblor al relato: literatura y memoria

Angela M. González Echeverry / *The University of Oklahoma*

Debemos imaginar que el pasado 10 de agosto en Colombia mucha gente al asomar el día pensaba primordialmente en su rutina. Esas rutinas quedaron postergadas en el afán de salvar sus vidas durante un sismo de magnitud 7,4 y de una duración aproximada de entre 90 segundos y 2 minutos. Lo que compartieron quienes estaban en las zonas próximas a San José del Palmar, Chocó —epicentro del terremoto— y en las áreas donde se sintieron las sacudidas más fuertes de la tierra, fue el caos, la confusión, la angustia por informarse pronto sobre el bienestar de sus familiares y seres queridos. Quienes pudieron, corrieron fuera de sus hogares y evacuaron edificios y oficinas.

El vaivén estrepitoso del movimiento telúrico no se detenía. Transcurridos interminables segundos, el relato de la consternación pasó de las súplicas al agradecimiento por estar con vida. La gente salió con sus mascotas, aunque algunos perros y gatos, también asombrados, huyeron por puertas y ventanas abiertas. La tristeza y el miedo rebasaron a las comunidades, los informes hablaban de cifras crecientes de familias evacuadas, personas atrapadas o desaparecidas, viviendas colapsadas, hospitales destruidos, salones de clases revueltos, carreteras bloqueadas, negocios derribados y pérdidas humanas irreparables.

La vulnerabilidad y el terror vividos en localidades del Chocó, Caldas, Valle del Cauca y Risaralda, sin que fueran exclusivos de estas áreas, se dejaron ver en lo que se agrieta, en lo que es prioridad para las autoridades y en lo que se registró en el cuerpo y en los escombros apilados. Hay un relato conocido de los hechos trágicos que con las redes sociales y los medios toma la forma de un caleidoscopio que multiplica de manera asimétrica aquello que se distribuye repetidamente y que se observa al otro lado de las pantallas. En estas historias testimoniales, la angustia colectiva se fue transformando bruscamente en ruedas de prensa de quienes lideran la situación para así fijar cuentas bancarias, centros de acopio, llamados a donaciones, aspavientos políticos y gente famosa que se desplazó, incluso antes que los primeros auxilios, para atestiguar lo sucedido y conseguir capitalizar tanto la buena voluntad de la gente como su sufrimiento. En esta explosión de sentimientos, la solidaridad genuina también reveló que no todas las comunidades afectadas tendrán la misma suerte de auxilio.

Asimismo, se estableció un adentro y un afuera de la tragedia. En estos espacios delimitados entre la vivencia misma y lo que se reporta, una tendencia generalizada es la incredulidad frente a las imágenes que traspasan geografías. Ni los testigos, ni en muchos casos las víctimas dan crédito a lo que sucedió, porque ocurre que los sentidos no pueden explicarlo y siempre falta tiempo para entender lo que pasa aún frente a los escombros de sus propias casas. Mucho menos lo comprenden quienes lo ven desde lejos o quienes escuchan el relato de terceros. Hay un estallido de mensajes y frases que se repiten, ¿todo está bien? ¿A los seres queridos les pasó algo? Me contaron, vi en el periódico, me llegó un mensaje, lo leí en las redes sociales. Quien quiera que tenga conocidos en el área del terremoto se manifiesta para solidarizarse y también para apaciguar su curiosidad.

Aunque el caos y la confusión tienen algo de irrealidad, surgieron de ellos comunidades de voluntarios, la activación de grupos internos de las comunidades y la cooperación de la sociedad civil en momentos cruciales de esta tragedia. Por ejemplo en Manizales se formaron grupos de voluntarios en los barrios de Sacatín, Jesús de la Buena Esperanza, El Carmen y Milán. Un grupo de universitarios brigadistas participó en la evacuación de edificios afectados y en la recuperación de muebles y enseres de las viviendas desalojadas. La comunidad impulsó ollas comunitarias y entregó alimentos.

Ahora bien, desde la perspectiva de los estudios literarios y culturales, los movimientos sísmicos se han narrado como incidentes que alteran las formas de habitar el espacio y comprender el tiempo. También como viaductos de la memoria colectiva. La literatura abre un camino que permite registrar y formular simultáneamente el hecho histórico y la experiencia subjetiva. En este orden de ideas, la crónica latinoamericana es el género preferido para narrar estos eventos, ya que conjuga una estructura híbrida capaz de documentar y al mismo tiempo interpretar el sentido humano de la catástrofe. Los relatos que articulan dichos acontecimientos se movilizan como parte de la cicatrización en caso de trauma. Asimismo, dichos relatos son vehículos para entender lo inconcebible, lo que pasó en un instante, lo que no se esperaba. La literatura en consecuencia, ocupa un lugar central en aquellos procesos de memoria que recomponen el sentido humano de la catástrofe mientras se gestiona el tránsito a la nueva realidad.

En estos espacios de literatura y arte se ensambla lo sucedido y, sobre todo, se empiezan a recoger las piezas que se nos escaparon por las grietas. Por ejemplo, en el terremoto de 1985 en México fueron Elena Poniatowska (*Nada, nadie: las voces del temblor*, 1988) y Carlos Monsiváis (*"No sin*

nosotros". Los días del terremoto 1985-2005, 2006) con sus crónicas sobre lo sucedido, quienes reportaron que fueron los voluntarios los que se movilizaron como la fuerza orgánica que sostuvo a las comunidades frente a la lentitud del Estado. Esta misma intención aparece en *Zona de desastre* (1985) de Cristina Pacheco, cuyo eje recompone la capacidad de convertir a cada habitante en una expresión única de la Ciudad de México. En paralelo, la ciudad aparece dando existencia a sus habitantes. Parafraseando el texto de Pacheco se crea una unidad entre la persona (habitante) y el edificio (su vivienda), porque ambas entidades lo han atestiguado y lo han visto todo. En otras palabras, quien habita y lo habitado es lo que se rompe cuando ocurre una calamidad como en México, en Chile o en Colombia el 10 de agosto de este año.

Los relatos provenientes de la literatura generan vínculos y asientan el sentir de los hechos atestiguando lo invisible y lo que no podemos explicar inmediatamente. Juan Villoro en *8.8: El miedo en el espejo* (2010) reflexionó sobre las coincidencias de tiempo y lugar, coordenadas ilógicas pero presentes después de un desastre natural o un accidente. Villoro narrador se localiza en un hotel de Santiago de Chile en el mismo momento de ocurrencia del terremoto del 2010. A partir de su vivencia personal discurre sobre la vulnerabilidad que el azar conlleva ante la incertidumbre de la naturaleza. Así, el texto retrotrae la vivencia de los terremotos de Ciudad de México de 1979 y 1985 en paralelo con el de Chile. El texto se estructura de manera fragmentaria con el objetivo de testimoniar las formas en que el territorio, al erosionarse durante un movimiento telúrico, produce un caos que suspende las medidas del tiempo.

La novela *Escombros* (2021) de Fernando Vallejo reconstruye la experiencia traumática del terremoto que sacudió la Ciudad de México en septiembre de 2017. Su punto de partida cava, como hacen voluntarios y rescatistas, sobre la fragilidad de lo humano. Como en otros relatos de este tipo de eventos, la constante es el miedo y la incertidumbre, no solo frente a la pérdida y la muerte, sino frente a las ruinas emocionales de las comunidades. Vallejo conecta la vejez y la soledad con la experiencia del desastre natural. Una vez más, el texto literario acompasa los eventos, sin negar la vulnerabilidad con la que enfrentamos tanto la felicidad que llega de repente como la tragedia cuando aparece sin avisar.

Un terremoto además de ser un acontecimiento geológico con consecuencias socioeconómicas y vidas irrecuperables, es un contenedor y una placa en claroscuros de la experiencia cultural, de lo político y de la memoria. En esta sucesión de áreas humanas se visibiliza lo que quedó mal construido, lo deteriorado o, sencillamente, aquello que ya se mantenía erguido o meramente sostenido por fuerzas externas. Bien conocido es que en Colombia desde el siglo XIX los terremotos han sido narrados como experiencias límite en las cuales lo material y lo simbólico se fracturan súbitamente y para siempre. Cabe recordar por ejemplo los testimonios recogidos por el Servicio Geológico Colombiano en el terremoto de Popayán en 1983, donde la tierra aparece como una voz principal de lo sucedido. La tierra ruge y la gente espera a que el silencio traiga consigo el fin del movimiento sísmico. En este sentido, narrar el sonido aterrador del fenómeno natural se ha propuesto como la imposibilidad humana de entender con el mero intelecto lo que está sucediendo. Los terremotos no solo alteran las formas narrativas y sus agentes, también transforman lo que recordamos de las ciudades y de sus habitantes.

A propósito de estos relatos, *Montañas azules* (Malisia, 2016; Planeta, 2017) de Juliana Gómez Nieto narra la tragedia de una familia colombiana víctima del terremoto que sufrió el Eje Cafetero en enero de 1999. Albeiro Montoya Guiral, director de la revista digital *Literariedad*, entrevistó a Gómez Nieto acerca de esta novela y ella manifestó que se escribe "porque se tienen preguntas y no certezas" (16 de septiembre de 2017). La escritora quindiana ha manifestado en varias ocasiones que escribió mucho después de la tragedia porque necesitó darse cuenta de que ella formaba parte de un colectivo por el hecho de ser sobreviviente de una catástrofe natural. Esta pertenencia fue lo que la llevó a compartir su relato de lo vivido.

En efecto, contrario a lo que se podría esperar, no es frecuente que la literatura colombiana se ocupe de catástrofes naturales, quizá porque mucho del material emocional y creativo se ha manifestado en una tradición literaria que ha relatado las violencias, el conflicto armado, salvaguardando la memoria colectiva de cambios políticos y vaivenes ideológicos. En este caso, quedan pendientes otros relatos sobre cada desastre natural porque en suma, la creación literaria constata la existencia de los diversos actores sociales y culturales y porque a través de sus intersecciones se empoderan sus participantes/enunciantes, sus lectores/receptores y sus versiones/relatos de la historia y de las memorias colectivas. En otras palabras, la ficción sea cual sea el formato que tome procesa una mediación subjetiva entre el presente y el pasado.

No hay duda de que existe una poderosa fuerza que impulsa a la reconstrucción y sobre todo a la transformación. Una situación de calamidad puede verse como un punto de quiebre entre un antes y un después, tal vez así lo vivieron las comunidades de las zonas afectadas por el pasado terremoto. No obstante, después de un sismo validamos la vida y recordamos que lo humano es ante todo vulnerable. En el caos se gestan las transformaciones y las grietas no solo se deben tapar, cerrar o borrar. Es posible observar a través de ellas y así validar nuestras propias cicatrices. Somos frágiles, la comunidad se organiza y sus voluntarios aparecen primero que cualquier otro. El espacio físico transforma su material para contener los relatos y las voces del antes, el durante y el después de un territorio que no deja de temblar.

Obras citadas

Gómez Nieto, Juliana. 2017. *Montañas azules*. Editorial Planeta.

Monsiváis, Carlos. 2006. *"No sin nosotros". Los días del terremoto 1985-2005*. Ediciones Era.

Montoya Guiral, Albeiro. 2017. "Ser sobreviviente de un terremoto me hace pertenecer a un colectivo". *La Cola de Rata*, 16 de septiembre de 2017. https://www.lacoladerata.co/cultura/sobreviviente-terremoto-me-pertenecer-colectivo/

Pacheco, Cristina. 1985. *Zona de desastre*. Ciudad de México: Editorial Océano.

Poniatowska, Elena. 1988. *Nada, nadie: Las voces del temblor.* Ciudad de México: Ediciones Era.

Vallejo, Fernando. 2021. *Escombros*. Bogotá: Alfaguara.

Villoro, Juan. 2010. *8.8: El miedo en el espejo.* Ciudad de México: Ediciones Era.